ma con Jesucristo? Al fin, bien examinada la cosa, vemos en Mahoma a un hombre ya poderoso, que por varias mañas se hace rey, que después extiende su reino por medio de la conquista y que impone su religión a sus vasallos, como otros conquistadores han impuesto a los vencidos otras leyes: ¿qué hay aquí de divino, de milagroso? Habrá, si se quiere, astucia, habilidad, valor o cosas semejantes; pero sobrenatural no hay nada; nada hay que ni siquiera pueda compararse con lo ejecutado por Jesucristo.

CAPITULO XX

Se deshace la dificultad fundada en la idolatría.

Quizá también no faltará quien diga que la idolatría, antes de la venida de Jesucristo, también se hallaba extendida por casi todo el mundo, y que aún conserva sujetos a su dominio muchos pueblos de la tierra; y que de esto, sin embargo, no se sigue que la idolatría sea la religión verdadera.

Ya hemos visto cuán flaco es el argumento que se saca de la religión de Mahoma; pues aún es mucho más flaco el que acabamos de proponer fundado en la extensión y duración de la idolatría. Porque, en primer lugar, la idolatría no es una religión, sino un conjunto de todos los errores y monstruosidades; en

unos tiempos y países se presenta bajo una forma, en otros bajo forma muy diferente; no vemos en ella una religión planteada con un sistema arreglado, sino una informe masa de errores que se van amontonando con el tiempo, que se componen de verdades alteradas y desfiguradas, de ficciones del todo arbitrarias, de alegorías mal comprendidas, de pasiones divinizadas; pero nada vemos uniforme, fijo; nada que indique un plan, no sólo inspirado por Dios, pero ni siquiera arreglado por un hombre.

¿Cómo, pues, se atreverá nadie a comparar con la idolatría la religión cristiana, esa religión santa, en que todo es uniforme y arreglado, todo noble, todo puro, todo grande, con aquella religión despreciable en que todo es vario, todo informe, todo mezquino y afeado a cada paso con la negra mancha del vicio? Esa religión divina, tan acorde con todas las luces naturales, que, si bien enseña misterios superiores a la razón, nada enseña contrario a la razón, ¿quién puede compararla con ese monstruoso conjunto de errores y delirios de la idolatría, con esa turba de dioses y diosas que riñen entre sí, que se aborrecen, se envidian, se hacen la guerra, que cometen hurtos y adulterios, que se manchan con toda clase de vicios, que patrocinan la corrupción, que se complacen en los sacrificios de sangre humana, que exigen para su culto los actos más

vergonzosos, y que, arremolinados y confundidos sin orden ni concierto, están todos sujetos a cierta divinidad ciega, inflexible, que nadie sabe lo que es y a la cual llaman *Destino*? Cosa que ya a primera vista tanto repugna a la razón, ¿habrá quien ose compararla con nuestra religión augusta? Para convencerse de lo monstruoso de semejante comparación, ¿se necesita acaso más que abrir uno de esos libros en que se contiene la historia de los falsos dioses y cotejarla con la doctrina del catecismo cristiano, o con las narraciones del Viejo y del Nuevo Testamento?

CAPITULO XXI

Divinidad de la Iglesia católica.

HEMOS demostrado que Jesucristo no era un impostor, que tenía todos los caracteres de un enviado del cielo; luego todo lo que El enseñó es la pura verdad; luego lo que El prometió se cumplirá; luego la santa Iglesia que El fundó durará, como El mismo dijo, hasta la consumación de los siglos; luego esta Iglesia a quien prometió su asistencia no puede engañarnos, y, por consiguiente, debemos descansar tranquilos en su fe, sin que nos sea permitido dudar de ningún artículo de los enseñados por ella.

Esta Iglesia, en cuyo seno debemos vivir y morir,

es la católica, apostólica, romana, la que reconoce por cabeza visible al Pontífice Romano; porque no sería bastante que estuviéramos convencidos de que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, de que vino al mundo para redimirnos, y de que todas las religiones, fuera de la cristiana, son falsas, si no estuviésemos unidos con la verdadera Iglesia, que es la católica romana. Es necesario hacer algunas aclaraciones sobre el particular, porque como las sectas separadas de la Iglesia católica se denominan también cristianas, sería posible que algún incauto se dejase alucinar con la santidad del nombre y cayese en error, juzgando que basta pertenecer a una de esas sectas para alcanzar la eterna salvación.

CAPITULO XXII

Falsedad de las sectas separadas de la Iglesia romana.

Si se quiere manifestar el extravío en que se hallan todas las sectas separadas de la Iglesia romana, no es necesario impugnar uno por uno todos los errores en que han caído, sino que será suficiente presentar una razón que, militando igualmente contra todas, las convenza de falsas a todas. Para esto les preguntaremos: ¿Cuál es la verdadera Iglesia? Es claro que

han de convenir en que es aquella que, habiendo sido fundada por Jesucristo y los apóstoles, ha continuado hasta nosotros. Ahora bien: ¿cuál es la Iglesia que reúne semejantes caracteres? ¿Es la católica romana, o alguna de las otras? Preséntense todas en línea: la luterana, la calvinista, las protestantes todas, y con una sola pregunta las dejaremos confundidas. Esta pregunta será: ¿Quién te fundó? A mí, responderá la una, me fundó Lutero; a mí, Calvino, dirá la otra; a mí, Socino, contestará ésta; a mí, Fox, dirá aquélla; y así podrán ir siguiendo todas; es decir, que su antigüedad sube a trescientos o a lo más cuatrocientos años, cuando la fundación de la Iglesia romana es del apóstol San Pedro, y la sucesión de sus pontífices viene por una cadena no interrumpida desde San Pedro hasta el actual Pontífice. Este es un argumento que no tiene réplica, pues que se funda en un hecho que no pueden negar ni los mismos protestantes, y que, a decir verdad, tampoco se atreven a ponerle en disputa.

CAPITULO XXIII

Se dan algunas reglas para no dejarse engañar por los protestantes, y se deshacen algunas de las dificultades que éstos suelen proponer.

¿QUÉ dicen, pues, los protestantes para encubrir su apostasía? Dicen que la Iglesia romana se había corrompido, era necesario corregirla y reformarla; de modo que ellos se llaman a sí mismo *reformados*, y a sus Iglesias, *iglesias reformadas*. Como en semejantes disputas suelen aparentar los herejes mucho celo por la verdad y la virtud, es necesario estar sobre sí y no dejarse deslumbrar por palabras que nada significan, por raciocinios que nada prueban.

Es necesario también tener por sospechosas muchas de las relaciones en que ponderan los abusos y vicios, pues que el espíritu de secta y el odio profundo que abrigan contra la Iglesia católica romana los arrastran con frecuencia hasta la calumnia, ya fingiendo lo que jamás ha existido, ya abultando y ennegreciendo lo verdadero.

El fiel católico, mayormente si no está bastante versado en la historia, no debe entrar en cuestiones sobre si hubo o no más o menos corrupción en tal o cual tiempo, en este o aquel lugar, ni si tal o cual eclesiástico u obispo cumplió con sus deberes o no;

el modo más expedito y más juicioso de responder a semejantes dificultades es el contenido en el siguiente diálogo:

Dirá el *protestante*: En tal siglo había tal y tal abuso; aun en Roma se veía este o aquel exceso; los eclesiásticos no cumplían con sus deberes, se abandonaban al vicio.

Católico.—Prescindiré de lo que haya de verdadero o falso en lo que usted dice, pero quiero suponer que sea todo así; Jesucristo no dijo que fundase una Iglesia en que todos los Papas fueran buenos, en que todos los obispos y eclesiásticos cumpliesen siempre con sus deberes; lo que sí dijo es que no permitiría que esta Iglesia errase y que estaría con ella hasta la consumación de los siglos. ¿Qué tienen, pues, que ver los vicios, ni de los eclesiásticos, ni de los obispos, ni de los Papas, con la doctrina que ellos enseñan? Ellos están encargados de enseñármela; yo veo en ellos a un enviado de Jesucristo; si son viciosos, lo sentiré, me compadeceré de sus flaquezas, pero esto no me autoriza a apartarme de su doctrina. Jesucristo me dice que *oiga* a sus ministros, y no me advierte que no los haya de oír cuando sean malos.

Protestante.—¿Cómo es posible que Jesucristo, para enseñarnos la verdad, quiera nunca valerse de ministros malos? ¿Qué tiene que ver la santidad con el vicio, la luz con las tinieblas?

Católico.—Vea usted, cada cual mira las cosas a su modo; yo, tan lejos estoy de extrañar lo que usted extraña, que, antes al contrario, me parecería muy irregular que Jesucristo hubiese querido valerse sólo de ministros buenos. Porque, en tal caso, o era menester que hubiera estado haciendo continuamente un gran milagro, no permitiendo que en ningún tiempo y en ninguna parte del mundo ningún ministro de la Iglesia cometiese un solo pecado, o bien era preciso que nos diese una señal fija para conocer cuáles eran los ministros pecadores y saber que no habíamos de escucharlos. Muchos pecados hay que pueden ser cometidos sin que lo sepa otro que el mismo que los comete; en tal caso, ¿qué remedio tendríamos? ¿Hubiera Dios de estar enviándonos de continuo ángeles para revelarnos que no escuchemos a tal eclesiástico, a tal obispo, porque ayer a tal hora cometió éste o aquel pecado? ¿No ve usted en qué confusión andaríamos de continuo si siguiéramos semejante doctrina? ¿No ve usted, pues, cuán infundado es decir que la Iglesia romana erró, y que no debemos escucharla, fundando esto en los vicios de los eclesiásticos, de los obispos ni aun de los Papas, y hasta suponiendo que sean tantos y tan graves como usted dice, y aunque lo fueran mucho más?

Protestante.—Pero, ¿no es cosa bien dura la que sostenéis y practicáis vosotros los católicos, de suje-

tar el entendimiento en materias de fe al juicio de la Iglesia, es decir, de otros hombres?

Católico.—Nosotros sujetamos nuestro juicio a la autoridad de la Iglesia, porque ella es la depositaria de la verdad, cuyo depósito le ha encomendado el mismo Dios, prometiéndole su asitencia para guardarla y enseñarla; de consiguiente, sometiéndonos a la autoridad de la Iglesia, nos sometemos a la autoridad del mismo Dios.

Protestante.—Pero, ¿acaso no basta la Sagrada Escritura para saber todo lo que Dios ha querido revelarnos?

Católico.—No, señor; y la mejor prueba son ustedes mismos los protestantes. Desde que se separaron de la Iglesia católica han estado apelando a la autoridad de la Sagrada Escritura, y han llegado a sacar tan en limpio la verdad, que al fin han logrado no entenderse, formándose tantas y tan variadas sectas que no es fácil clasificarlas ni aun contarlas. La verdad es una, y siempre la misma; ¿cómo es posible, pues que se halle la verdad en sectas que de tal manera discrepan entre sí y que cada día están variando de creencia? No puede darse más sólida prueba de falsedad de una regla que el ser conducido por la misma a resultados falsos; y la regla de interpretar la Sagrada Escritura ateniéndose únicamente al juicio particular de cada individuo, y no escuchando

la voz de la Iglesia católica, los ha conducido a ustedes los protestantes a tantos errores, que en la actualidad sería muy ardua tarea el empeñarse, no diré en refutarlos, pero ni aun contarlos.

Protestante.—Pues ¿adónde podemos recurrir mejor que a la misma palabra de Dios.

Católico.—Si la palabra de Dios fuese tan clara en todas sus partes que no ofreciese dificultad alguna, de modo que cualquiera pudiese entenderla sin peligro de equivocarse, entonces sería admisible el sistema de los protestantes; pero yo oigo decir que la Sagrada Escritura es un mar en que se pierden los hombres más sabios; y ustedes mismos. que se empeñan en tenerla por tan clara y tan fácil, nos dan una señal evidente de que no lo es, pues cada secta, y aun cada sectario, la entiende a su modo. Me parece a mí que si Jesucristo no hubiera establecido sobre la tierra la autoridad viviente para enseñarnos la verdad, apartarnos del error y aclarar nuestras dudas, nos habría dejado en una confusión tal, que no nos hubiera servido de mucho la luz de la verdad divina. Desde que Jesucristo vino al mundo han nacido de continuo sectas y más sectas, que han enseñado los más groseros y monstruosos errores, como usted no podrá negarme. ¿Qué sería, pues, de la verdad si no tuviésemos a la mano una regla segura y fija por la que pudiéramos distinguir la verdad del error? Nos-

otros los católicos decimos que esta regla infalible es la autoridad de la Iglesia; lo decimos y lo podemos probar con la misma Sagrada Escritura, a que ustedes los protestantes apelan; y, además, aun mirada la cosa a la sola luz natural, se vez que es tan conforme a la razón el que Jesucristo estableciese sobre la tierra un maestro que pudiera enseñarnos sin peligro de error, que, si así no fuera, podría decirse que nos dejó sin certeza sobre lo más necesario para nuestra salud, y que no acertó a fundar bien su Iglesia, lo que sería una blasfemia contra su bondad y sabiduría.

CAPITULO XXIV

Otro argumento contra los protestantes.

AUN prescindiendo de estas razones, cuya solidez no podrá menos de ser reconocida, siempre queda en contra de los protestantes una dificultad insoluble. Dicen que la Iglesia se había de reformar, que se habían de corregir sus abusos y errores; pero yo preguntaré: ¿si para ejecutar todo esto era necesario que aquel o aquellos que acometieron tamaña empresa fueran enviados de Dios y que hubieran recibido del cielo tal encargo? Es evidente que sí; porque, ¿quién se arroja a enmendar la obra de Dios sin ser enviado de Dios? Ahora bien: Lutero, Calvino,

Zuinglio, Bucero y todos los demás corífeos del protestantismo, ¿de quién tenían semejante misión? ¿Qué señales dieron de que fueran enviados del cielo? Nadie ignora que no hay en la actualidad un solo protestante instruído y juicioso que se echara a reír si se le hablase de milagros o de profecías que apoyasen la autoridad de los pretendidos reformadores; todo el mundo sabe que la historia de estos hombres, funestamente célebres, es tan reciente, que no es difícil seguir su vida paso a paso, y manifestar que hay no poco de que tendrían que ruborizarse los que siguen sus doctrinas. ¿Cómo se quiere, pues, que demos fe a sus palabras? ¿No vale más atenerse a la autoridad de la Iglesia romana, cuya fundación data del tiempo de los apóstoles, y que en medio de tantas vicisitudes y contratiempos ha permanecido siempre inalterable enseñando una misma doctrina?

CAPITULO XXV

Reglas de prudencia que debe observar el católico al tratar de los misterios.

SUCEDE a menudo que se argumenta contra la religión, no atacando ni los milagros, ni las profecías, ni la santidad de la doctrina, ni otra alguna de las señales que patentizan su divinidad, sino que se fija

la cuestión sobre algún misterio y se le toma por blanco de las impugnaciones. En tales casos es necesaria mucha discreción; de otra suerte, se corre peligro de salir desairado en la disputa. La razón es clara: el misterio, por lo mismo que es misterio, no puede ser explicado de manera que se presente a nuestra razón con toda claridad, y entonces, prevaliéndose el incrédulo de la oscuridad que debe por precisión acompañar las explicaciones del católico, llama falso lo que sólo debe llamarse incomprensible No sucederá esto si el católico sabe colocar la cuestión en el verdadero terreno, lo que conseguirá fácilmente si tiene presente las reflexiones que siguen:

En primer lugar, debe guardarse muy bien el católico de empeñarse en aclarar de tal modo el misterio, que pretenda no dejar en él ninguna oscuridad; esto sería negar al misterio la calidad de tal, pues si pudiéramos comprenderle y explicarle dejaría para nosotros de ser misterio. Así es que, en tratándose del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación o de otro cualquiera, si bien no puede reprendérsele que procure aclararlos, o con aquellos símiles que haya visto en el catecismo, o con reflexiones que haya oído a personas sabias y religiosas, debe, sin embargo, andar en esto con mucho tiento, no sea que, dando a los símiles o a las reflexiones más importancia de la que en sí tienen, pretenda que es una razón só-

lida lo que es tan sólo una comparación oportuna o una aclaración plausible. Será bueno que ante todo proteste que él no entiende el misterio, que no pretende tampoco entenderle, que en el mismo caso se hallan todos los católicos, por lo mismo que le reconocen como misterio. Será bueno también, en tratando con incrédulos, no detenerse mucho en los símiles ni otras razones de congruencia, y quizá no pocas veces sería muy saludable no echar mano de ninguno de esos medios; porque o el incrédulo o los otros que escuchaban podrían creer que aquello se aduce como una prueba, y, por otra parte, si el adversario es algo sagaz, cuidará de atacar el flanco débil, y si logra hacer vacilar la razón de congruencia se jactará de haber hecho vacilar el misterio. Paréceme que lo más prudente en tales casos sería adaptarse poco más o menos al método prescrito en el siguiente diálogo:

CAPITULO XXVI

Método para disputar con los incrédulos sobre los misterios.

DIRÁ el *incrédulo*: ¿Cómo es posible creer las cosas que creen ustedes? Tres personas, y, sin embargo, un solo Dios: Dios hecho hombre; la sus-

tancia del pan convertida en cuerpo de este Dios-Hombre, y otras cosas semejantes; a ver: ¿cómo me explica usted estos misterios?

Católico.—Ningún católico pretende poder explicarlos ni entenderlos; reconocemos que son misterios y, por lo mismo, ya confesamos que son incomprensibles.

Incrédulo.—Pero, y entonces, ¿cómo los creen ustedes?

Católico.—Es muy sencillo: los creemos porque nos consta que Dios los ha revelado.

Incrédulo.—Pero esto de creer cosas que el entendimiento no alcanza, ¿qué mérito puede tener delante de Dios?

Católico.—Si fueran cosas que comprendiéramos con la sola razón, poco mérito tendría la fe; creyéndolas sujetamos nuestro débil entendimiento a la sabiduría infinita.

Incrédulo.—Pero yo quisiera que usted me explicase, por ejemplo, ¿cómo puede ser un solo Dios y tres personas?

Católico.—No lo sabría explicar bien; repito que para mí es un misterio; le acato profundamente, y me juzgaría culpable si tuviese el orgullo de querer comprenderle.

Incrédulo.—Esta sumisión tan ciega del entendi-

miento en cosas que no comprende me parece insoportable.

Católico. –A mí me parece muy llevadera, y está muy lejos de parecerme ciega. Si usted me permite, le manifestaré cómo yo concibo esta sumisión del entendimiento, y para el efecto me tomaré la libertad de dirigirle algunas preguntas.

Incrédulo.—Usted la tiene; le escucharé con mucho gusto.

Católico.—¿Hay cosas que nuestro entendimiento no puede comprender? Y el no comprenderlas, ¿es razón bastante para negarlas?

Incrédulo.—Esta es una pregunta tan general... y tan vaga...

Católico.—¿Cómo general? ¿Y cómo vaga? Antes es muy precisa. No tema usted; para manifestar que hay cosas que no podemos comprender no me será necesario subir al cielo ni descender a las entrañas de la tierra ni atenerme a cosas generales y vagas, sino que aquí mismo tengo hechos que usted no podrá negarme. ¿Ignora usted que el hombre casi nada comprende de todo cuanto le rodea? ¿Nos comprendemos acaso a nosotros mismos? Esos ojos con que vemos, y el oído, el tacto, el olfato, el gusto, todos nuestros sentidos de que nos servimos continuamente, ¿sabemos acaso en qué consisten? ¿Ha podido explicarlo hasta ahora ningún filósofo del

mundo? ¿Ignora usted que los más grandes sabios andan a tientas cuando tratan de explicar los fenómenos más comunes de la Naturaleza?

Incrédulo.—Efectivamente es así; la Naturaleza está llena de arcanos, y nosotros mismos, a nuestros ojos, somos un gran misterio; pero ¿qué infiere usted de esto?

Católico.—Lo que infiero es que hay muchas cosas que nosotros no entendemos, y que el no entenderlas no es suficiente razón para negarlas; y que para creerse una cosa, la dificultad no debe ponerse en si la entendemos o no, sino únicamente en si tenemos motivo para creerla o no. Si bien se mira, eso que extraña usted tanto en los católicos lo está viendo practicar por todo el mundo y lo practica usted mismo todos los días. Cuando nos cuenta que en tal país hay un animal muy extraño, que hay una mina muy abundante de este o aquel metal, que hay una planta rara de esta o aquella naturaleza, que acaecen allí extraños fenómenos que no vemos entre nosotros, para creerlo o no nunca miramos si entendemos cómo se verifican aquellas extrañezas y por qué causas, sino quién lo refiere, si la tal persona es digna de crédito, ya por su inteligencia, ya por su experiencia, ya por su veracidad; y tendríamos por ridículo al que saliera diciendo que no cree, por ejemplo, que en tal país tienen los hom-

bres tal color porque no concibe cómo esto pueda verificarse.

Haga usted la aplicación a nuestro caso; cuando tratemos de misterios en una religión, lo que debemos mirar es si efectivamente aquella religión tiene los caracteres de divina; y si los tiene, si nos constare que efectivamente nos ha venido de Dios, ¿qué importa que no entendamos los misterios? ¿Acaso Dios no sabe muchas cosas que nosotros ignoramos? ¿Y por qué no podría revelárnoslas? Y dándonos El a conocer que en realidad es El mismo quien nos las revela, ¿cómo se podrá negar la obligación que tenemos de creerlas? Creemos a un hombre de bien, aunque nos refiera cosas que nosotros no entendemos, ¿y no creeríamos a Dios, que no puede engañarse ni engañarnos? Las señales de que nuestra religión es divina, las tenemos en los milagros, en el cumplimiento de las profecías y en varios otros hechos que no es necesario enumerar ahora. ¿Qué más queremos? ¿Qué tiene, pues, de extraño nuestra fe?

CAPITULO XXVII

Se manifiesta la existencia y la necesidad del Sumo Pontificado.

SUCEDE con frecuencia que los que tratan de combatir la Religión católica se abstienen de hablar contra el cristianismo, y aun a veces manifiestan un afectado respeto al catolicismo, valiéndose mañosamente de este medio para dirigirle un tiro más recio y certero. Saben muy bien que sin cabeza de la Iglesia no hay catolicismo, y por esto procuran desacreditar al Sumo Pontificado, presentando la supremacía de la Santa Sede como una cosa nada necesaria, como una usurpación sobre la autoridad de los demás obispos. Por esta causa conviene tener a la vista algunas reflexiones con que se pueda responder a esa clase de enemigos de la Iglesia.

La idea del Sumo Pontificado, que tanto desconcierta a los protestantes e incrédulos como si fuera de una institución monstruosa, es, sin embargo, lo más sencillo, lo más conforme a razón que imaginarse pueda. Afirmamos los católicos que el Papa es la cabeza visible de la Iglesia, es decir, que está encargado de gobernar todo el rebaño de Jesucristo en la tierra, dándole el pasto saludable de la buena doctrina y guiándole por el camino de la eterna

salud. Decimos que la autoridad del Papa es superior a la de los obispos, y que éstos deben respetarle y obedecerle, como que es puesto sobre ellos por el mismo Jesucristo. Dejando aparte las muchas pruebas que en favor de estas verdades podrían sacarse de la Escritura y de la tradición, nos limitaremos a algunas reflexiones que estén al alcance de todo el mundo.

Es un hecho constante que no puede subsistir ninguna sociedad grande ni pequeña sin un jefe que la presida y la gobierne. En la familia hay la autoridad del padre; en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades, en las provincias hay sus alcaldes, sus gobernadores, sus jefes políticos, sus capitanes generales; en las naciones hay un rey, si son monarquías, o bien, si son repúblicas, un presidente, un cónsul, etc., es decir, un jefe con uno u otro nombre. Siendo, pues, la Iglesia católica una sociedad extendida por toda la tierra, con sus doctrinas, sus costumbres, sus leyes, ¿es posible que esté sin un jefe? ¿Puede concebirse que Jesucristo hubiese arreglado su Iglesia de tal manera que no le hubiese dejado una autoridad para gobernarla? ¿Habrá tenido Jesucristo menos previsión y buena voluntad que todos los demás legisladores, quienes, al dar sus leyes a un pueblo, jamás se olvidaron de crear una autoridad que cuidase de su observancia?

Se dirá tal vez que para esto son los obispos; pero es menester considerar que la autoridad de cada obispo se limita a su diócesis, y, por consiguiente, en tratándose de asuntos pertenecientes a toda la la Iglesia, si no hubiese sino la autoridad de los obispos estaríamos sin autoridad competente. Se replicará que para esto son los concilios generales adonde concurren, o al menos son llamados, los obispos de toda la Iglesia. Pero nosotros añadiremos que con los concilios, por lo mismo de ser una reunión, han de tener una cabeza, y ésta no existe sin el Sumo Pontífice. Prescindiendo de muchas otras reflexiones que podrían hacerse sobre este punto, contentarémonos con una, que disipa de un golpe toda la dificultad, demostrando hasta la evidencia la necesidad del Sumo Pontificado, y que sin él no bastarían para el gobierno de la Iglesia los solos concilios generales.

La Iglesia no es una sociedad que exista solamente por ciertas temporadas, sino que dura siempre; luego la autoridad que ha de dirigir y gobernar no puede ser una autoridad intermitente; los concilios, y mayormente los generales, no pueden reunirse sino a trechos, y éstos muy largos; luego no son a propósito para que ellos solos puedan gobernar la Iglesia. El último concilio general, que es el de Trento, se re-

unió hace ya cerca de tres siglos (1). ¿Qué habría sido del gobierno de la Iglesia en este larguísimo intervalo si no hubiese existido otra autoridad que la de los concilios? ¿Y qué sería en adelante, cuando, atendidas las dificultades e inconvenientes que median para verificar semejantes reuniones, quizá pasarán siglos sin que se tenga otro concilio general? A cada paso surgen disputas sobre la fe y las costumbres; a cada paso se ofrecen dificultades sobre gravísimos puntos de disciplina. ¿Adónde podría recurrir el pueblo fiel si Jesucrito no hubiese dejado sobre la tierra a su vicario en la persona del Romano Pontífice?

Las consideraciones que acabamos de presentar son tan obvias, tan sencillas y al propio tiempo tan convincentes, que es necesario mucha obstinación para no rendirse a su evidencia. Guárdese todo católico de prestar oídos a los que intentaron persuadirle de que la supremacía del Papa no es necesaria para nada; entienda que se trata nada menos que de un dogma de fe, reconocido como tal por toda la Iglesia, y sepa que el día en que deje de reconocer que el Papa es el supremo Pastor de la Iglesia, aquel día deja de ser católico.

(1) Después de escrito este libro se reunió el Concilio Vaticano.

CAPITULO XXVIII

Sobre la potestad de la Iglesia para imponer mandamientos a los fieles.

Es cosa digna de lamentarse el olvido en que están algunos cristianos de la obligación que tienen de cumplir con los preceptos de la Iglesia. Algunos hay de cuya boca no se oye la impugnación de ningún misterio, y que se glorían de conservar la fe, pero que, sin embargo, en tratándose de ciertos preceptos de la Iglesia, dicen tranquilamente que "esto es cosa de hombres; que ellos son cristianos, pero no fanáticos", y así no reparan en prescindir, por ejemplo, de todo ayuno, de abstinencia de carne, etc. Lo que hay de muy notable en semejante conducta es la inconsecuencia; porque si son cristianos católicos, no pueden dudar que la Iglesia tiene facultad legislativa en las cosas que son de su pertenencia, y que, por tanto, puede imponer a los fieles aquellos preceptos que juzgue convenientes para conducirlos por el camino de la salud eterna. Infiérese de ahí que se los puede reconvenir con la reflexión siguiente: ¿Creéis que la Iglesia tenga facultad para imponeros preceptos en las materias que son de su incumbencia? Si decís que no, entonces ya no sois católicos, ya habéis dejado de creer en un punto de fe católica; si decís que sí, en-

tonces, ¿cómo es que llamáis preocupación y fanatismo el cumplimiento de unos preceptos cuya legitimidad admitís como dimanados de una autoridad que vosotros mismos tenéis por competente?

Si el hombre se siente débil para cumplir los mandamientos que la Iglesia le impone, vale más que confiese su debilidad que no que, para excusarla, use de expresiones cuyo significado natural es, o bien que ha dejado de ser católico, o bien que es inconsecuente de un modo increíble.

La fe nos enseña la obligación que tenemos todos los fieles de obedecer los mandamientos de la Iglesia; sin embargo, bueno será manifestar esta verdad con sola la luz de la razón; vamos a hacerlo con pocas palabras.

En toda sociedad bien ordenada ha de haber leyes para su arreglo; luego ha de existir también un poder que tenga la facultad de establecerlas. Los miembros de toda sociedad están obligados a obedecer las leyes que en ella rigen, porque, de otra manera, inútil sería la ley, irrisorio el derecho de la autoridad legislativa e imposible además el buen orden y hasta la existencia de la sociedad. La Iglesia católica es una sociedad extendida por toda la tierra; luego ha de haber en ella la facultad de hacer leyes para los fieles; luego éstos están obligados a obedecerlas.

CAPITULO XXIX

Autoridad de la Iglesia en la prohibición de los malos libros.

La prohibición que hace la Iglesia de la lectura de los libros malos es uno de los puntos sobre que han declamado mucho sus enemigos. No reconociendo éstos en nada la autoridad de la Iglesia, no es extraño que tampoco la reconozcan en lo tocante a la prohibición de los malos libros; pero al menos deberían confesar que la Iglesia, prohibiéndolos, procede consecuente a sus principios y cumple con un deber que le impone su instituto.

Un padre de familia que ve introducido en su casa un libro de malas doctrinas usa de un derecho indisputable prohibiendo a su familia el leerle; la autoridad civil prohibe también la circulación de aquellos escritos que inducen a la infracción de las leyes o a la corrupción de las costumbres, o que puedan provocar disturbios y sediciones; es decir, que el vigilar sobre los libros o escritos es un derecho reconocido en la autoridad paterna y en la civil; y no podía ser de otra manera, supuesto que no es dable poner en disputa la grande influencia que puede ejercer un escrito, ya en bien, ya en mal. Previas estas observaciones, preguntaremos a todo hombre juicio-

so, ¿si no encuentra muy natural, muy razonable, muy justo, el que la Iglesia, encargada del sagrado depósito de la sana doctrina, y que ha recibido de Jesucristo la misión de guiar a los hombres a la eterna salvación, vigile con asiduo cuidado sobre los libros peligrosos que circulen entre los fieles, y prohiba la lectura de aquellos que juzga de influencia nociva? ¿Qué mayor veneno que un libro que pervierta las ideas o corrompa las costumbres? ¿Cómo, pues, se podrá disputar a la Iglesia el derecho de prohibir a sus miembros el que por una curiosidad indiscreta den la muerte a su alma?

CAPITULO XXX

Demuéstrese la necesidad de aquellos que hacen del incrédulo por parecer sabios.

No faltan algunos que piensan que la incredulidad es prueba de despreocupación y de sabiduría, y quizá sea éste el motivo que habrá inducido a no pocos hasta el extremo de fingirla. ¡Lamentable extravío nacido de la vanidad y de la ignorancia! ¡Preocupación funesta que es necesario combatir, y contra la que debe precaverse el cristiano desde sus primeros años. Un libro como éste no es el lugar a propósito para desvanecer semejante error con toda la abun-

dancia de erudición y de reflexiones a que se brinda la materia; pero no será fuera del caso presentar algunos hechos que puedan servir para manifestar que la fe no está reñida con la ilustración y la sabiduría.

En primer lugar, la fe versa sobre objetos que el hombre no puede comprender con la luz de la razón; por manera que, si se trata de examinar con las solas fuerzas de su entendimiento los augustos misterios que le enseña la fe, queda deslumbrado y oscurecido. Las ciencias humanas tienen por objeto aquellas cosas que nuestra razón no puede alcanzar; luego versando la fe sobre objetos distintos de los que ocupan la ciencia, la una no daña ni embaraza a la otra.

Lejos de embarazarse ni dañarse la fe y la ciencia, antes bien se ayudan mutuamente; porque siendo ambas una luz concedida por Dios al entendimiento del hombre, son como dos hermanas que pueden y deben vivir en estrecha amistad, prestándose recíprocos servicios. El hombre que cree y que al mismo tiempo posee la ciencia, encuentra abundancia de razones para manifestar cuán fundada es su fe; y ya que no le sea posible poner en toda claridad los misterios que forman el objeto de su creencia, al menos sabe hacerlos plausibles, presentándolos bajo mil aspectos diferentes y haciendo ver que, si bien son su-

periores a la razón, no son, empero, contrarios a la razón.

La ciencia puede también a su vez reportar de la fe mucho provecho; y le ha reportado en efecto, como podría demostrarse con la historia en la mano. Si se compara la ciencia de los filósofos gentiles con la de los filósofos cristianos, respecto a las cuestiones más elevadas, se verá que aquéllos eran unos verdaderos niños con relación a éstos; un niño con sólo el catecismo cristiano aprende tan altos conocimientos, que si se levantaran de sus sepulcros Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, en una palabra, todos los grandes sabios de la antigüedad, le escucharían con admiración y asombro. Y con razón, porque las más elevadas cuestiones sobre Dios, sobre el hombre y sobre la moral las oirían explanadas con sublime sencillez, cuando ellos consumieron una larga existencia para columbrar siquiera una solución verosímil.

Esto no es exageración, es una verdad en la que están acordes todos los sabios, y los mismos incrédulos no han podido negar los grandes progresos que debe el entendimiento humano a la enseñanza del cristianismo. ¿Cómo, pues, será posible que la religión de Jesucristo esté reñida con el saber, y que la incredulidad sea una prueba de ilustración? Lo que tanto ha contribuído a iluminar al linaje humano,

¿podría ser amante de las tinieblas? Lo que ha descendido del seno de la sabiduría infinita, del manantial de toda luz, no puede ser enemigo de la luz.

CAPITULO XXXI

Continuación de la misma materia.

MUY escaso conocimiento manifiestan tener de la historia del saber humano los que piensan que la incredulidad es hija de la sabiduría. Basta abrir un libro de aquellos en que se refiere la vida de los hombres más ilustres, que con su talento y saber han honrado el mundo desde el establecimiento de la religión cristiana, para ver que los sabios más distinguidos se han gloriado con el bello título de hijos de la Iglesia católica. Recórranse los catálogos de los hombres que más se han señalado en un ramo cualquiera de los conocimientos humanos, y es bien seguro que siempre podrá la Iglesia católica presentar muchos de entre sus hijos que, sin dejar de cautivar el entendimiento en obsequio de la fe, brillaban como esplendentes antorchas por sus talentos y sabiduría.

Pero, ¿qué más? ¿No poseemos inmensas bibliotecas, que son como el depósito de los conocimientos humanos? ¿De dónde ha salido aquel cúmulo de libros cuya sola vista nos asombra? Revuélvanse, y

se echará de ver que en su inmensa mayoría son obras de autores cristianos y muchos de ellos eclesiásticos. Luego es una necedad el decir que la religión sea enemiga del saber, que la incredulidad sea prueba de ilustración, y que la fe sea propia de espíritus pequeños y apocados; luego el manifestarse incrédulo por parecer sabio es señal evidente de ignorancia, es una vanidad pueril, es una criminal frivolidad, de que debe preservarse todo hombre inteligente y juicioso. Tanta es la fuerza de esta verdad, que hasta en medio de la disipación y bullicio del mundo empieza ya a ser mirada con mal ojo la irreligiosidad, y va cayendo en desprecio la insensata moda de hacer el incrédulo. Entre personas bien educadas, aun de aquellas que son poco adictas a la religin, se mira como cosa indigna de un hombre decente el verter ideas irreligiosas.

CAPITULO XXXII

Reflexiones que debe tener presentes el católico al proponérsele alguna dificultad contra la religión.

PUEDE ocurrir con frecuencia que a un católico se le objeten dificultades que él no acierte a soltar, pero éste no es motivo bastante para que vacile en su fe. Y lo que más puede inferirse de ocurrencias semejan-

tes es que el adversario tiene mayores alcances, o más instrucción en la materia. Si bien se mira, el hallarse el defensor de la verdad vencido alguna vez en la disputa por el defensor de error, no es cosa que suceda exclusivamente en las cuestiones religiosas, pues que acontece lo propio con todos los demás ramos. ¿Cuántas veces no vemos que un abogado de una mala causa arrolla y confunde a su adversario, o por la superioridad de su talento y conocimientos, o por su mayor sagacidad y sutileza? En las conversaciones, ¿no presenciamos a cada paso que un hombre de entendimiento claro y despejado, mayormente si está dotado de una locución fácil y expedita, da a todos los asuntos el giro que más le agrada, y hace ver , como suele decirse, *blanco lo negro* y *negro lo blanco*? Luego nada prueba contra la religión el que un incrédulo haya propuesto una dificultad a la cual los católicos que le escuchaban no hayan sabido qué responder.

En tales casos conviene que el fiel tenga a la vista las siguientes consideraciones: El incrédulo que propone la dificultad no es regularmente un hombre muy sabio; será más o menos entendido, tendrá más o menos instrucción; pero al fin pertenecerá cuando más a aquella esfera de personas inteligentes que abundan muchísimo en las clases que han recibido alguna cultura. Se deja, pues, entender que el argu-

mento de que se vale no deberá de ser ninguna invención rara que no se tenga noticia en el mundo, sino que será alguna especie tomada de algún libro irreligioso, y que seguramente habrá sido desvanecida una y mil veces por los apologistas de la religión; y es bien seguro que bastaría la presencia de una persona religiosa e ilustrada para disipar como el humo la dificultad que tanto engríe al ufano disputador.

Además, aun cuando supongamos que la dificultad es tan grave que ningún sabio del mundo es capaz de soltarla, no por esto se podría inferir que fuera falsa la religión. Nuestro entendimiento es tan flaco que no ve las cosas sino a medias; con su poca luz no distingue bien los objetos, de aquí es que aun en las materias en que se encuentra más certeza no hay un punto sobre el que no ocurran dificultades gravísimas. Por manera que si el poderse objetar dificultades contra una verdad fuera motivo bastante para dudar de ella, de nada podríamos estar seguros. ¿Quién ignora que hasta se ha llegado a disputar de nuestra misma existencia, objetándose dificultades cuya solución no era tan fácil como a primera vista podría parecer? ¿Quién ignora que una cosa tan clara como es la existencia del movimiento fué también puesta en disputa por un filósofo? ¿Qué extraño, pues, si en materias tan difíciles y tan graves como son las religiosas, ocurriesen de cuando en cuando

algunas objeciones que no acertásemos a desvanecer cual nosotros deseamos? Cuando nuestro entendimiento es tan débil que alcanza apenas a comprender las cosas más sencillas y más claras; cuando al examinar los objetos que vemos con nuestros ojos y palpamos con nuestras manos tropezamos a menudo con dificultades inexplicables, ¿deberemos admirarnos si nos sucede lo mismo en tratándose de los altos miterios que están en región elevada, adonde llegar no puede con sus propias fuerzas el entendimiento criado?

Lo que hemos dicho de las dificultades contra la religión que se oyen en las conversaciones puede aplicarse también a las que se leen en los libros, sólo que en este último caso son mucho más peligrosas, a causa de que suelen estar presentadas con mayor arte. A más del preservativo más sencillo, que es no leer libros irreligiosos, debe considerar el católico, si alguna vez le viene a la mano, que lo que en ellos se dice contra la religión ha sido refutado mil veces, y que basta buscar alguna de las muchas preciosas apologías de la religión que circulan por todas partes, para encontrar deshechos completamente todos los argumentos y reparos con que la impiedad y las falsas sectas han procurado, aunque en vano, desmoronar el indestructible edificio de la Religión católica.

APÉNDICE

En el curso de esta obrita no he querido emplear el común sistema de preguntas y respuestas, porque proponiéndome inculcar en el ánimo de los niños las razones fundamentales de nuestra santa religión, y queriendo, por consiguiente, evitar el que las aprendiesen de rutina, me ha parecido conveniente exponerlas de manera que con la suma novedad del método se llamase y fijase más la atención. Además, se ha de tener presente que, a mi juicio, el estudio de esta obrita debe reservarse para los niños algo adelantados en edad, y, por tanto, desaparece ya el pequeño embarazo que podría ofrece al no estar arreglada por el método de preguntas y respuestas.

Sin embargo, para ahorrar en lo posible a los señores maestros todo nuevo trabajo, he echado mano de dos medios: 1.º Disponer de tal suerte el título de casi todos los capítulos, que para emplear, cuando se juzgue conveniente, el método de las preguntas, no tengan que hacer otra cosa los maestros que expresar el mismo título en forma de interrogando, con alguna muy ligera modificación que les sugerirán sin duda

su discreción y conocimientos. Si en algún caso ha sido conveniente señalar hasta el curso que se debía dar a la conversación en materias religiosas, entonces me he valido del diálogo. 2.º Añadir el diálogo que viene a continuación, donde se encontrará en brevísimo espacio lo principal de la obrita. Los maestros podrán hacer de este diálogo el uso que estimen más conveniente, pero me parece que debería emplearse para fijar más en la memoria de los niños lo que hubiesen aprendido por extenso en el cuerpo de la obra. Debe considerarse el diálogo como auxiliar, no como principal.

§ I (1)

P. *¿Cómo se puede confundir a quien niegue o ponga en duda la existencia de Dios?*

R. Levantando la mano y señalando con ella la admirable máquina del Universo.

P. *¿Y eso será bastante?*

R. Sin duda, porque si tengo un reloj, me reiría de quien dijese que aquella máquina se ha hecho por sí misma; si veo un hermoso cuadro, tendré por un loco al que afirme que nadie le ha pintado. ¿Y qué

(1) Véanse los capítulos desde el I hasta el VIII inclusive.

máquina más grandiosa que la de los cielos y la tierra? ¿Qué cuadro más magnífico que el firmamento tachonado de esplendente astros, y el globo que habitamos, cubierto de tanta riqueza, variedad y hermosura? Todo esto me demuestra hasta la evidencia que hay un Dios que todo lo ha criado y ordenado.

P. *¿Y qué piensa usted de los atributos de Dios?*

R. Que el Autor de toda perfección ha de tener en sí todas las perfecciones; y que, por consiguiente, ha de ser eterno, infinitamente sabio, santo, justo, que ve de una ojeada lo pasado, lo presente y lo venidero, que conoce las cosas más ocultas, que penetra hasta el más hondo secreto de nuestros corazones.

P. *¿Cuida Dios de nosotros?*

R. Si no nos hubiese querido cuidar, ¿para qué criarnos?

P. *Pero siendo nosotros tan pequeños, tan débiles y miserables, ¿no parece extraño que Dios fije en nosotros su atención?*

R. Por lo mismo que somos tan pequeños, tan débiles y miserables, necesitamos más del cuidado de la Providencia; y sería mucho más extraño que quien nos crió, sabiendo ya que seríamos lo que somos, nos hubiese abandonado. Un padre que abandona a sus hijos es tenido por cruel y desnaturalizado; y ¿podremos creer que Dios haya criado al hu-

mano linaje echándole a este mundo, solo, desamparado, sin destino, marchando al acaso? No es tal la idea que debemos formarnos de Dios.

P. *Usted supone que Dios ha criado al linaje humano; pero ¿cómo lo manifiesta con alguna razón?*

R. Es muy fácil: yo tuve mi padres, éstos tuvieron los suyos, que eran mis abuelos; éstos, otros, y así sucesivamente. Esta cadena, al fin, se ha de acabar, y, por consiguiente, hemos de llegar a unos padres que no nacieron de otros, y, por tanto, debieron ser criados por Dios.

P. *Pero ¿y no habría otro medio sino el que los primeros padres fueran criados por Dios?*

R. No hay otro, porque es claro que no se pudieron criar a sí mismos.

P. *¿Y si dijéramos que nacieron de la misma tierra?*

R. Semejante absurdo no merece refutación.

P. *El hombre, ¿tiene alma?*

R. Sí, señor; porque dentro de nosotros hay un ser que piensa, quiere y siente, como cada uno lo experimenta por sí mismo, y a este ser le llamamos alma.

P. *¿Es corporal el alma?*

R. No, señor; porque lo que piensa no puede ser cuerpo; pues que los cuerpos no sólo son incapaces de esto, sino hasta de moverse por sí mismos.

P. *¿El alma muere con el cuerpo?*

R. No, señor. Todos los pueblos de la tierra han creído que había otra vida, adonde iba el alma después de separada del cuerpo. Además, si no hubiese otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, ¿cómo se podría explicar la dicha de muchos malvados en este mundo, y la infelicidad de muchos virtuosos?

§ II (1)

P. *¿Existe alguna religión?*

R. Sí señor; porque de otra suerte no sabríamos de qué modo tributar a Dios nuestro culto, ni cuáles son los medios que debemos emplear para llegar al fin a que Dios nos ha destinado.

P. *¿Y qué le parece a usted de los hombres que no piensan jamás en la religión y que no quieren examinar si la haya, ni cuál es la verdadera o la falsa?*

R. Que son unos insensatos, porque al fin ha de venir un día en que han de morir, y entonces experimentarán por sí mismos lo que ahora se empeñan en olvidar.

P. *Pero ellos dicen que quizá no hay nada de cuanto nos habla la religión.*

---

(1) Véanse los capítulos desde el IX hasta el XX.

R. ¿Y si hay? Como es bien claro que el cielo no será para los que dudan de él, no les queda otro destino que el infierno. Figurémonos que un hombre anda de noche por un camino donde, según le han dicho muchos, encontrará un horrendo precipicio. Este hombre duda si efectivamente es así, pero no quiere cuidar de asegurarse de la verdad o falsedad de lo que le avisan; y sin luz, sin mirar dónde pone sus pies, echa a correr por el camino. ¿Qué nos parecerá de la prudencia de aquel hombre? ¿No diríamos que ha perdido el juicio? ¿No diríamos que él se tiene la culpa si, encontrando el precipicio, se despeñase?

P. *¿Y tenemos algunas señales que nos indiquen cuál es la religión verdadera?*

R. Sin duda; de otra suerte podríamos decir que Dios nos ha dejado sin luz en el negocio que más nos importa.

P. *¿Cuáles son estas señales?*

R. Son las que muestran que la religión de que se trate ha dimanado de Dios.

P. *Y esto, ¿cómo lo conoceremos?*

R. Mirando cuál es la religión que tiene en su favor hechos que manifiesten la expresa sanción de Dios; como, por ejemplo, milagros y profecías.

P. *¿Hay alguna religión que reúna todos los caracteres necesarios para asegurarse de que es divina?*

R. Sí señor: la católica romana.

P. *¿Está usted bien cierto de que existió Jesucristo?*

R. Sí, señor; porque, aunque no estuviera cierto de ello por la fe, como verdaderamente lo estoy, bastaría para cercionarme de ello el ver que la existencia de Jesucristo está, humanamente hablando, tan probada como la de Alejandro, de César, de Platón, de Cicerón, de Virgilio y la de todos los hombres célebres

P. *¿Cómo se podrá probar que Jesucristo no era un impostor?*

R. Es muy fácil: su vida es un espejo purísimo donde nadie ha podido encontrar una mancha: su doctrina es tan elevada y tan santa, que ha llenado de admiración hasta a los mayores enemigos del cristianismo. En Jesucristo se cumplieron de un modo admirable todas las profecías que con respecto a su Persona se habían publicado muchos siglos antes de su venida; hizo tantos y tan estupendos milagros, que llenó de confusión a sus enemigos, que no sabían cómo explicarlos. No habiendo aprendido las letras en ninguna parte, poseía, sin embargo, tan alta sabiduría, que ya desde su niñez fué la admiración de los doctores, y, además, fundó una Iglesia en la que se cumple exactamente lo que El predijo, que todos los esfuerzos del infierno no bastarían a destruirla.

¿Qué más queremos para asegurarnos de que Jesucristo era verdaderamente enviado de Dios?

P. *Pero Mahoma también fundó una religión, que se extendió mucho y que dura todavía; y no creyendo en la de Mahoma, ¿por qué hemos de creer en la de Jesucristo?*

R. La diferencia es muy grande. Mahoma fundó su religión siendo un hombre rico y poderoso; Jesucristo siendo pobre. Mahoma era instruído, porque había estudiado; Jesucristo era sabio sin haber aprendido de ningún hombre; Mahoma se valió de soldados; Jesucristo, de apóstoles pobres y desvalidos. Mahoma no hizo ningún milagro en público; Jesucristo, infinitos, a la luz del día, a la faz de todo el mundo. La moral de Mahoma es relajada; la de Jesucristo es severa y pura; las doctrinas de Mahoma son extravagantes y ridículas; las de Jesucristo son sublimes; en Mahoma no se cumplió ninguna profecía; en Jesucristo todas; y, por fin, allí donde se ha establecido el mahometismo, allí vemos corrupción, esclavitud, degradación, y no parece sino que la humanidad camina rápidamente hacia el sepulcro; y allí donde ha reinado el cristianismo, allí vemos al hombre con dignidad, con moral pura, con bienestar, con dicha, en cuanto cabe en esta vida mortal. ¿Qué tiene pues, Mahoma de comparable con Jesucristo?

P. *Y la idolatría, ¿no estuvo también muy extendida por la tierra antes de la venida de Jesucristo, y aun ahora no reina todavía en muchos países?*

R. Sí Señor; pero esto no hace más que ofrecernos una prueba de la ceguera y de las miserias del hombre; porque basta una mirada a la historia de los idioses de los idólatras para convencerse de que la idolatría, más bien que una religión, es una masa informe de errores y absurdos.

§ III (1).

P. *Ya que ha hablado usted de la ceguera y miserias del hombre, ¿qué le parece a usted del dogma del pecado original?*

R. Que es un misterio incomprensible al hombre; pero que al propio tiempo explica otros misterios que se encuentran en el mismo hombre.

P. *¿Qué quiere usted significar con lo que acaba de decir?*

R. Que en nosotros se encuentra tan confusa mezcla de bien y de mal, de inteligencia e ignorancia, de grandor y pequeñez, en una palabra, tantas contradicciones, que si no suponemos que el linaje humano haya sufrido una degeneración, no podremos explicarnos a nosotros mismos.

---

(1) Véase el capítulo XI.

P. *¿Parécele a usted de alta importancia este dogma?*

R. Sí, señor; porque, además de lo que acabo de indicar, sobre lo mucho que sirve para explicar las contradicciones que se observan en el hombre, es nada menos que uno de los puntos capitales en que estriba el vasto y admirable conjunto de los dogmas de nuestra santa religión.

P. *¿Cómo se explica usted esto?*

R. Caído el linaje humano por la culpa en desgracia de Dios, no podía levantarse de tan fatal estado por sus propias fuerzas. Dios se compadeció de él, envió a su Hijo Unigénito, que se hizo hombre en las entrañas de la Virgen María. Siendo Dios-Hombre, eran sus padecimientos y méritos de un valor infinito a los ojos de Dios; y así, padeciendo y muriendo por nosotros, satisfizo a la justicia divina la deuda que el hombre no habría podido satisfacer jamás.

§ IV (1).

P. *¿Quién fundó la Iglesia?*

R. Jesucristo.

P. *¿Hasta cuándo durará?*

R. Hasta la consumación de los siglos; pues que

(1) Véanse los capítulos desde el XXI hasta el XXVII.

así lo pronunció Jesucristo, quien, siendo Dios, no puede engañarse ni engañarnos.

P. *¿Basta para salvarse el vivir en una cualquiera de las Iglesias que se llaman cristianas?*

R. No, señor; es necesario vivir en la verdadera, y ésta es una sola, que es la católica romana.

P. *¿Es absolutamente necesario reconocer al Papa como cabeza visible de la Iglesia?*

R. Sí, señor; porque él es el sucesor de San Pedro, quien recibió de Jesucristo la potestad de apacentar el rebaño de los fieles.

P. *¿Y los obispos también deben estarle sujetos?*

R. Sí, señor; pues Jesucristo a nadie exceptuó.

P. *¿Y no bastaría que los fieles obedeciesen a sus respectivos obispos, y que cada uno de éstos fuera independiente?*

R. Entonces ya no sería una Iglesia, sino muchas; o más bien, habría un cuerpo sin cabeza. Además, ¿quién resolvería los negocios pertenecientes a la Iglesia universal?

P. *¿No podrían los concilios hacer todo lo que hace el Papa?*

R. No, señor; porque, aun prescindiendo de otras dificultades tendríamos que la Iglesia estaría casi siempre sin autoridad; pues que los concilios no se reúnen sino de vez en cuando, sobre todo los generales. El de Trento (1) es el último que se ha reunido, y

(1) Después se ha reunido el Concilio Vaticano.

han pasado ya desde su reunión cerca de tres siglos.

P. *Para probar en pocas palabras la necesidad del Sumo Pontificado, ¿qué razón señalaría usted?*

R. Diría que no hay ni puede haber sociedad sin cabeza; por consiguiente, ni la Iglesia sin Sumo Pontífice.

§ V (1).

P. *¿Tiene la Iglesia autoridad para imponer preceptos a los fieles?*

R. Sí, señor; porque en toda sociedad ha de haber derecho de hacer leyes que obliguen a los que pertenecen a ella.

P *¿Puede la Iglesia prohibirnos la lectura de malos libros?*

R. Sí, señor; por la misma manera que un padre prohibe a sus hijos el que coman alimentos dañosos.

P. *¿Qué entiende usted por malos libros?*

R. Los que extravían el entendimiento o corrompen el corazón.

P. *¿Es muy peligroso el que los malos libros nos acarreen semejante daño?*

R. Sí, señor; son peores que las malas compa-

(1) Véanse los capítulos XXVIII, XXIX, XXX y XXXI.

ñías, porque los tenemos a todas horas; el autor, cuya capacidad es, por lo común, muy superior a la nuestra, adquiere sobre nuestro espíritu mucho ascendiente, y acaba por arrastrarnos a sus errores, por más que al principiar la lectura nos hayamos prevenido contra su influencia.

P. *Pero entonces, ¿no quedaremos sin ilustrarnos en muchas materias?*

R. No, señor; porque todo lo necesario para la verdadera ilustración se halla también en los libros buenos.

P. *¿Es verdad que la ilustración está reñida con la religión?*

R. Es un gravísimo error; la historia entera lo contradice: los hombres más sabios han sido religiosos; si ha habido alguna excepción, ésta no destruye la regla.

§ VI (1).

P. *¿Qué conducta guardará usted en las disputas sobre la religión?*

R. A más de procurar tener presentes las advertencias que se me han dado en el cuerpo de este libro, cuidaré, sobre todo, de que un celo indiscreto no me lleve a disputar de puntos que no entienda.

---

(1) Véase el capítulo XXXII.

P. *¿Y por qué tanto cuidado? ¿Por no quedar mal?*

R. No precisamente por ésto, sino porque mi imprudencia podría hacer daño a la causa de la verdad.

P. *Si le proponen a usted contra la religión una dificultad que no sepa soltar, ¿qué hará usted? ¿Se dará usted por convencido?*

R. No, señor; porque si así lo hiciéramos, de nada podríamos estar seguros. Suponga usted la cosa más cierta y más evidente del mundo, y nunca faltarán hombres que la sepan combatir de manera que parezca que vacile. Esto proviene de la misma debilidad de nuestro entendimiento, que no nos deja ver las cosas con toda claridad; y así, en teniendo el adversario en la disputa o más talento o más intrucción, siempre confunde o, al menos, enreda a los otros.

ÍNDICE

	Págs.
ADVERTENCIA … … … … … … … … … … … … … …	5
CAPÍTULO PRIMERO.—Existencia de Dios … … … …	7
CAP. II.—Atributos de Dios … … … … … … … … …	8
CAP. III.—Creación de hombre … … … … … … … …	9
CAP. IV.—Existencia y espiritualidad del alma … …	10
CAP. V.—Aclaración y confirmación de la misma verdad … … … … … … … … … … … … … … … … …	11
CAP. VI.—Inmortalidad del alma; premios y recompensas de la otra vida … … … … … … … … … …	12
CAP. VII.—Conformidad de la razón con la religión en lo tocante al alma y a la creación del hombre.	13
CAP. VIII.—Continuación de la misma materia … …	15
CAP. IX.—Existencia de una religión verdadera …	16
CAP. X.—Lamentable ceguera de los indiferentes en religión … … … … … … … … … … … … … … …	19
CAP. XI.—Corrupción del linaje humano … … … …	21
CAP. XII.—Reparación del linaje humano por Jesucristo … … … … … … … … … … … … … … … … …	25
CAP. XIII.—Verdad de la venida de Jesucristo … …	28
CAP. XIV.—Divina misión de Jesucristo … … … …	29
CAP. XV.—Continuación de la misma materia … …	32
CAP. XVI.—El cumplimiento de las profecías, otra prueba de la divinidad de Jesucristo … … … …	34
CAP. XVII.—Continuación de la misma materia …	36
CAP. XVIII.—Argumento irrecusable a favor de la divinidad de la religión cristiana … … … … … …	37
CAP. XIX.—Se deshace el argumento fundado en la extensión y duración del mahometismo … … …	40

Págs.

CAP. XX.—Se deshace la dificultad fundada en la idolatría 41
CAP. XXI.—Divinidad de la Iglesia católica 43
CAP. XXII.—Falsedad de las sectas separadas de la Iglesia romana 44
CAP. XXIII.—Se dan algunas reglas para no dejarse engañar por los protestantes, y se deshacen algunas de las dificultades que éstos suelen proponer. 46
CAP. XXIV.—Otro argumento contra los protestantes 51
CAP. XXV.—Reglas de prudencia que debe observar el católico al tratar de los misterios 52
CAP. XXVI.—Método para disputar con los incrédulos sobre los misterios 54
CAP. XXVII.—Se manifiesta la existencia y la necesidad del Sumo Pontificado 59
CAP. XXVIII.—Sobre la potestad de la Iglesia para imponer mandamientos a los fieles 63
CAP. XXIX.—Autoridad de la Iglesia en la prohibición de los malos libros 65
CAP. XXX.—Demuéstrase la necesidad de aquellos que hacen del incrédulo por parecer sabios 66
CAP. XXXI.—Continuación de la misma materia ... 69
CAP. XXXII.—Reflexiones que debe tener presente el católico al proponérsele alguna dificultad contra la religión 70
APÉNDICE 74